

más se da un ser en el elemento de la Verdad, más lo piensa el Sujeto en su propia claridad.

—De tal suerte que —sueña en voz alta Amaranta— verdad objetiva y claridad subjetiva son dos dimensiones del mismo proceso.

—¡Me pones un poco demasiado del lado de Descartes! Pero ya que hablas de la luz, voy a intentar pintarles un cuadro, con sombras y luces mezcladas.

—Después del matema, ¡retorno al poema! —se burla Glaucón.

—¿Por qué no? Imaginen una gigantesca sala de cine. Adelante, la pantalla, que sube hasta el techo —pero es tan alto que todo eso se pierde en la sombra—, le corta el paso a toda visión de otra cosa que no sea ella misma. La sala está colmada. Desde que existen, los espectadores están aprisionados en su asiento, con los ojos fijos en la pantalla y la cabeza sostenida por auriculares rígidos que les cubren los oídos. Detrás de esas decenas de millares de personas clavadas a sus butacas, hay, a la altura de las cabezas, una vasta pasarela de madera, paralela a la pantalla en toda su longitud. Detrás aun, enormes proyectores inundan la pantalla con una luz blanca casi insoportable.

—¡Qué lugar tan raro! —dice Glaucón.

—No mucho más que nuestra Tierra... Por la pasarela circulan toda suerte de autómatas, muñecas, siluetas de cartón, marionetas, sostenidos y animados por invisibles titiriteros o dirigidos por control remoto. Así pasan una y otra vez animales, camilleros, guadañeros, automóviles, cigüeñas, gente cualquiera, militares en armas, bandas de jóvenes de las afueras, tórtolas, animadores culturales, mujeres desnudas... Unos gritan, otros hablan, otros tocan el cornetín de pistón o el bandoneón, otros no hacen más que apurarse en silencio. En la pantalla se ven las sombras que los proyectores recortan en ese incierto carnaval. Y la muchedumbre inmóvil oye, a través de los auriculares, gritos y palabras.

—¡Mi Dios! —puntualiza Amaranta—. Extraño espectáculo, ¡más extraños aún los espectadores!

—Pues se nos parecen. ¿Ven ellos de sí mismos, de sus vecinos, de la sala y de las escenas grotescas de la pasarela, otra cosa que las sombras proyectadas en la pantalla por el torrente de las luces? ¿Oyen otra cosa que lo que les emite su casco?

—Ciertamente nada —exclama Glaucón—, si su cabeza está inmovilizada desde siempre sólo en dirección a la pantalla y sus oídos, tapados por los auriculares.

—Y tal es el caso. No tienen entonces ninguna otra percepción de lo visible que la mediación de las sombras, y ninguna otra de lo que se dice que la de las ondas. Si se supone, incluso, que inventan recursos para discutir entre ellos, le atribuirán necesariamente el mismo nombre a la sombra que ven y al objeto, que no ven, del cual esa sombra es la sombra.

—Sin contar —agrega Amaranta— que el objeto en la pasarela, robot o marioneta, es ya él mismo una copia. Se podría decir que no ven más que la sombra de una sombra.

—Y —completa Glaucón— que no oyen más que la copia digital de una copia física de las voces humanas.

—¡Y sí! Esos espectadores cautivos no tienen ningún modo de concluir que la materia de lo Verdadero es otra cosa que la sombra de un simulacro. ¿Pero qué pasaría si, rotas las cadenas y curada la alienación, su situación cambiara de todo en todo? ¡Atención! Nuestra fábula toma un cariz muy diferente. Imaginemos que se desata a un espectador, que se lo fuerza de pronto a levantarse, a volver la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda, a caminar, a mirar la luz que emana de los proyectores. Por supuesto, va a sufrir por todos estos gestos inhabituales. Deslumbrado por los flotes luminosos, no puede discernir todo aquello cuyas sombras, antes de esta conversión forzada, contemplaba con tranquilidad. Supongamos que se le explica que su antigua situación sólo le permitía ver el equivalente, en el mundo de la nada, de las charlatanerías, y que es ahora cuando está cerca de lo que es, cuando puede enfrentarse a lo que es, de tal suerte que su visión es al fin susceptible de ser exacta. ¿No se quedaría atónito? ¿No se sentiría molesto? Será mucho peor si se le muestra, en la pasarela, el desfile de los robots, las muñecas, los fanticos y las marionetas, y si, a fuerza de preguntas, se le intenta hacer decir qué es todo aquello. Porque es seguro que las sombras anteriores serán aun, para él, más verdaderas que todo lo que se le muestra.

—Y en cierto sentido —observa Amaranta— lo son: ¿una sombra que valida una experiencia repetida no es más "real" que una repentina muñeca cuya proveniencia se ignora?

Inmóvil, tan incómodo como maravillado, Sócrates mira fijamente a Amaranta con sus ojos en silencio. Luego:

—Hay que ir hasta el final de la fábula, sin duda, antes de concluir en cuanto a lo real. Supongamos que se obliga a nuestro cobayo a mirar con fijeza los proyectores. Eso le hace atrocemente mal a los ojos, quiere huir, quiere volver a encontrar lo que soporta ver, esas sombras cuyo ser, según estima, es mucho más seguro que los objetos que se le muestran. Entonces, unos rudos mocetones a quienes les hemos pagado lo sacan sin miramientos de las filas de la sala. Le hacen pasar una pequeña puerta lateral disimulada hasta aquí. Lo echan en un túnel mugriento por el cual se desemboca, al aire libre, en los flancos iluminados de una montaña en primavera. Deslumbrado, se cubre los ojos con mano débil; nuestros agentes lo empujan en la pendiente escarpada, por largo tiempo, icada vez más alto! ¡Más alto aún! Llegan a la cumbre, en pleno sol, y allí lo abandonan los guardias, que descienden de la montaña y desaparecen. Helo aquí solo, en el centro de un paisaje ilimitado. El exceso de luz devasta su conciencia. ¡Y cómo sufre por haber sido así arrastrado, maltratado, expuesto! ¡Cómo odia a nuestros mercenarios! Poco a poco, sin embargo, trata de mirar, hacia las crestas, hacia los valles, el mundo resplandeciente. Primero se enceguece por el esplendor de cada cosa y no ve nada de todo aquello de lo que decimos comúnmente: “Eso existe, está en verdad ahí”. No es él quien podría decir como Hegel ante la Jungfrau, con un tono desprecia-tivo, “*das ist!*”, eso sólo es. Intenta, no obstante, habituarse a la luz. Después de muchos esfuerzos, bajo un árbol aislado, termina por discernir el trazo de sombra del tronco, el recorte negro de las hojas, que le recuerdan la pantalla de su antiguo mundo. En un charco al pie de un peñasco alcanza a percibir el reflejo de las flores y de las hierbas. De allí pasa a los objetos mismos. Poco a poco, se va maravillando con los bosquecillos, con los pinos, con una oveja solitaria. Cae la noche. Al levantar los ojos hacia el cielo, ve la luna y las constelaciones, y aun alzarse a Venus. Sentado rígido sobre un viejo tronco, espía a la radiante. Ella emerge de los últimos rayos y, cada vez más brillante, declina y se abisma a su vez. ¡Venus! Al fin, una mañana, es el sol, no en las aguas modificables, ni según su reflejo exterior, sino el sol mismo, en sí y para sí, en su propio lugar. Lo mira, lo contempla, sumido en la beatitud de que sea tal cual es.

—¡Ah! —grita Amaranta—. ¡Qué ascensión nos describe! ¡Qué conversión!

—Gracias, jovencita. ¿Harías tú lo mismo que él? Porque él, nuestro anónimo, aplicando su pensamiento a lo que ve, demuestra que de la posición aparente del sol dependen las horas y las estaciones y que, de tal modo, el ser-ahí de lo visible está suspendido a ese astro, de modo tal que se puede decir: sí, el sol es el regente de todos los objetos de los que nuestros antiguos vecinos, los espectadores de la gran sala cerrada, no ven sino la sombra de una sombra. Al evocar así su primera morada —la pantalla, el proyector, las imágenes artificiales, sus compañeros de impostura—, nuestro evadido involuntario se regocija de haber sido echado de allí y siente piedad por todos aquellos que se quedaron clavados en su butaca de visionarios ciegos.

—Rara vez la piedad —objeta Amaranta— es buena consejera.

—¡Ah! —responde Sócrates, fijando en ella sus pequeños ojos negros y duros—, eres sin duda una jovencita: violenta y sin piedad. Volvamos pues al pensamiento puro. En el reino de los artificios, en la caverna de lo aparente, ¿quién tenía entonces el primer rol? ¿Quién podía vanagloriarse de aventajar a los otros, sino aquel cuyo ojo penetrante y cuya memoria sensible registraban las sombras pasajeras —localizando las que volvían a menudo, las que raramente se veían, las que pasaban agrupadas o siempre solitarias—, aquel que era el más apto, en suma, para percibir lo que iba a sobrevenir en la superficie apremiante de lo visible? ¿Creen que nuestro evadido, después de haber contemplado el sol, estaría celoso de esos adivinos del juego de las sombras? ¿Que envidiaría su superioridad y desearía gozar de las ventajas que de ella sacan, por más grandes que sean? ¿No sería más bien como Aquiles en la *Ilíada*, que prefería cien veces ser un siervo atado a la gleba y a la carreta en lugar de vivir, como lo hacía, en una suntuosidad puramente ilusoria?

—¡Oh, Sócrates! Lo veo a usted también, extasiado, esconderse detrás de Homero —se burla Amaranta.

—Después de todo, soy griego —murmura Sócrates, a la defensiva.

—¿Y si —interrumpe Glaucón, que teme una querrela— imagináramos que nuestro evadido desciende realmente a la caverna?

—Estará forzado a ello —dice Sócrates con un aire grave—. En todo caso, si regresa a su lugar, serán esta vez las tinieblas las que, después de

la iluminación solar, lo cieguen de pronto. Y si, incluso antes de que sus ojos hayan vuelto a acostumbrarse a la sombra, entra en competencia con sus antiguos vecinos, que nunca dejaron su butaca, para anticipar el devenir de lo que se proyecta en la pantalla, será sin duda alguna el cómico de la fila. Se murmurará por todas partes que sólo salió y subió tan alto para volver miope y estúpido. Consecuencia inmediata: ya nadie tendrá la más mínima gana de imitarlo. Y si, habitado por el deseo de compartir con ellos la Idea del sol, la Idea de lo Verdadero visible, intenta desatarlos y conducirlos para que, como él, sepan qué es el nuevo día, creo que lo atraparán y lo matarán.

—¡Se le va la mano! —dice Glaucón.

—Es que uno de esos adivinos despreciables de los que se burlaba ayer por la tarde tu hermana me lo ha anunciado: me matarán, a mí, Sócrates, porque aún a los 70 años me obstinaré en preguntar dónde está la salida de este mundo oscuro, dónde está el verdadero día.

Una suerte de melancolía se apodera de ellos bruscamente. Se callan y, como si viniera de muy lejos, se oye el ruido del mar, o tal vez sea el viento que se alza. Sócrates tose, bebe un vaso de agua y se lanza con ímpetu:

—Lo que debemos hacer ahora, queridos amigos, es absolutamente claro: unificar la presentación imaginaria con la que acabamos de deleitarnos —la historia del que se evade del gran cine cósmico— con la presentación simbólica, o más precisamente geométrica, que hemos propuesto hace una hora, a saber, la línea en la que están marcados por segmentos desiguales los cuatro tipos de relación con lo real, desde la imagen hasta la idea dialéctica, pasando por la opinión y la idea analítica.

—No es moco de pavo —observa Glaucón—. Tenemos dos mundos de un lado y cuatro procedimientos del otro.

—Pero ese cuatro está dividido en dos: lo perceptible y lo pensable. A grandes, a muy grandes rasgos, compararemos primero lo que se despliega visiblemente como apariencia con las sombras que perciben los prisioneros del cine. Luego, identificaremos la luz de los proyectores con la potencia del sol. En cuanto a la anábasis del evadido en la montaña y la contemplación de las cimas, planteemos que es la ascensión del Sujeto hacia el lugar del pensamiento. Estas comparaciones, mis jóvenes amigos, son conformes a lo que yo espero y ustedes tanto desean conocer. Es sólo

desde el punto del Otro, y no del individuo —esa pobre cosa, aunque fuera Sócrates—, desde donde se decide si mi esperanza está fundada. Sólo puedo afirmar que toda vez que algo me apareció, sean cuales fueran el tiempo y el lugar de esa experiencia, se disponía según un único principio de aparición, el suyo. En el extremo límite del saber, casi fuera de su campo, está lo que llamo falsamente la Idea de la Verdad. “Falsamente” porque, como ya les he dicho, dado que la Verdad sostiene la idealidad de toda Idea, no puede ser ella misma una Idea como las otras. Por eso es tan difícil, además, construir su concepto. Sin embargo, si lo logramos, nos vemos obligados a concluir que es según esta “idea” que todo lo que es se expone al esplendor de lo que tiene de exactitud y de belleza. Y si proseguimos con nuestras comparaciones, diremos que la donación de luz y la acción del señor de la luz, tal como las experimentamos en lo visible, están en correspondencia exacta, en el registro de lo inteligible, con la llegada, según la idea de lo Verdadero, tanto de las verdades particulares como del pensamiento que se corresponde con ellas.

—Pero —dice Amaranta, con el ceño fruncido— la comparación cojea.

—¡Ah! —replica Sócrates, con inesperado alborozo—. ¿No habría nunca un acuerdo posible entre una imagen geométrica y una imagen poética? ¿Acordarás conmigo en que, más allá de esta discordancia, es sólo plegándose a las conminaciones de la Verdad como un individuo puede actuar de modo racional, sea el contexto de su acción público o privado?

Es Glaucón el que responde en lugar de Amaranta, cuya insatisfacción es visible:

—En cuanto a eso, en todo caso, ino se puede decir lo contrario!

—También acordarás sin resistencia ni asombro en que los evadidos del cine cósmico, los que alcanzaron la cumbre de la montaña y contemplaron allí el sol, no tienen ninguna gana de mezclarse con los negocios fangosos de los hombres. Incorporados a un Sujeto-de-verdad, no desean más, allí arriba, que una eterna estancia. Lo cual es normal, después de todo, si nuestra alegoría cinematográfica expresa bien lo real de todo ese proceso, ¿no?

—¡Sí! —declara Glaucón, tetanizado.

—Que nadie se asombre, en tales condiciones, de que aquel que pasa brutalmente de una contemplación a la altura del Otro a las pequeñas